
«Entre Este y Oeste», el viaje de Anne Applebaum

ANNE APPLEBAUM

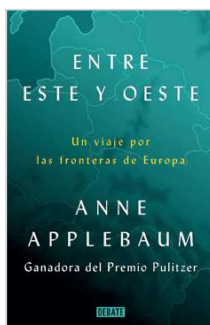
Periodista y ensayista estadounidense-polaca, Applebaum ganó el premio Pulitzer por la obra *Gulag*. Ha colaborado con prestigiosos medios y trabaja en *The Atlantic*. Autora de libros como *El telón de acero* (2017) o *El ocaso de la democracia* (2021).

Foto: © Wikimedia Commons



Avance

Entre Este y Oeste. Un viaje por las fronteras de Europa es una crónica de viaje por el espacio, pero también por el tiempo. En 1991, cuando Anne Applebaum, recorrió las tierras fronterizas de Europa, desde el Báltico hasta el mar Negro, descubrió un extraño ánimo de suspensión sobre el que, más de tres décadas después, en la introducción a la edición del libro publicada en este 2023, escribe: «La sensación de que el imperio soviético había desaparecido,



**Anne
Applebaum**

*Entre Este y
Oeste. Un viaje
por las fronteras
de Europa*

Debate, 2023

pero nada había llegado todavía a reemplazarlo, se vio bruscamente revertida por la llegada de la cultura global, la encarnizada lucha política y la revolucionaria agitación económica». En ese mismo año de 1991, el mapa de Europa cambiaría con la aparición de Lituania, Bielorrusia y Ucrania como estados independientes. ¿De Europa? Escribe Appelbaum sobre sus impresiones primeras: «No teníamos la sensación de estar cerca de “Europa” ni de que “Occidente” fuera algo más que un constructo mitológico. Aquel aislamiento, y la consiguiente desolación, eran el resultado de décadas de guerra, limpieza étnica y gobierno totalitario».

Sin embargo, sí estaba y quedaba Europa en aquellas tierras en eterna disputa. Oculta, silente, yacía Europa y Appelbaum lo sabía porque la había atisbado en una furtiva visita al cementerio de la ciudad de Leópolis (hoy Ucrania), en los llamados «años del estancamiento soviético». Aquella era entonces una ciudad «soviética, pero también ucraniana, o polaca, o a veces judía, según a quién se le preguntara». En las lápidas del cementerio descubrió un pasado *K&K*, *kaiserlich und königlich* (imperial y real), del que daban cuenta los epitafios, junto a «inscripciones en una hermosa caligrafía polaca». También encontró cruces grecocatólicas y sepulcros más recientes «coronados por una estrella roja [...]. ¡Tantas naciones enterradas unas sobre otras, tantas personas distintas disputándose aquel espacio!». Y tantos muertos. El viaje por las tierras de fron-

tera de Applebaum es un viaje por la historia de una superficie extensísima —y planísima, como si la geografía invitase a la conquista— que sucesivas tribus, imperios, naciones fueron delimitando con líneas mil veces trazadas, borradas y vueltas a definir de nuevo en virtud de alianzas, estrategias e incluso argucias. Un proceso tortuoso e inacabado que presenta como única constante la sangre con la que hoy día se siguen dibujando las líneas de frontera.

La guerra en Ucrania, tras la invasión rusa, ha devuelto actualidad a una zona y a un texto que supo encarnar la historia en las vidas de aquellos con los que la autora se cruzó, habló y preguntó. Puede que, como se lee en la contraportada del libro, las vidas narradas aparezcan como un registro documental de un mundo que ya no existe, pero saber de ellas es una obligación si se quieren conocer las claves y los porqués de lo que ahora existe.

El libro se divide en cuatro partes dentro de las cuales se insertan distintos epígrafes con nombres de ciudades. Los propios nombres de ciudades permiten intuir un pasado en disputa, lleno de contiendas simbólicas y reales. Por ello la autora explica en una de las notas que acompañan al libro: «El uso de una grafía concreta siempre complacerá a un grupo a expensas de otro».

De entre todos los paisajes humanos y geográficos que pueblan las páginas, un par de anécdotas pueden resultar particularmente reveladoras sobre cómo un pasado de conflictos se refleja en una convivencia a regañadientes. Cuando Appelbaum visitó la iglesia de Santa Ana en Vilna (Lituania), un sacerdote le explicó que allí cada semana se decía misa en polaco y en lituano y que, durante la pausa

entre las dos celebraciones, eran muy frecuentes los codazos y empujones entre polacos y lituanos: «Ocurre todos los domingos —me explicó, meneando la cabeza—. Cuando los polacos se quedan rezando demasiado tiempo, los lituanos creen que lo hacen para alardear».

La otra anécdota conecta directamente con la actualidad. Applebaum recuerda su conversación con un entusiasta lingüista ucraniano políglota, encantado de poder hablar por primera vez en inglés con una persona real. Solo decayó su entusiasmo al ser preguntado por su país, por el pasado y el destino de Ucrania: «Somos una nación muy antigua, pero nunca en nuestra historia hemos tenido un Estado propio. Nuestro destino ha sido siempre existir bajo el dominio de otros. Y también ha sido nuestro destino ser definido por otros». Eso mismo «era lo más ucraniano de todo: leer la historia de tu país como si lo hicieras a través de los ojos de un extraño. El destino de las naciones fronterizas era siempre conocerte a través de las historias de otras». **NR**

*Leer aquí el
artículo completo
de Pilar Gómez*

